

porque le pareció poco prudente comprometerse en una alianza formada por un soberano cismático griego, otro protestante y el tercero católico, y contestó que siendo él como todos sus predecesores depositario de la verdad cristiana, no necesitaba manifestarla de nuevo.

Los demás soberanos de Europa ingresaron uno tras otro en la alianza, pero por la pura forma y como un acto de cortesía, de ningún modo por convicción. Al gobierno de Constantinopla inquietó seriamente el pacto por su carácter ostensible, tan cristianísimo, que temió que fuera la base de una nueva y moderna cruzada, como sospecharon también otros gobiernos, y solo á fuerza de seguridades directas consiguió el emperador ruso tranquilizar al sultan.

Después de la primera sorpresa, se ha dado demasiada importancia á la alianza del 26 de setiembre, creyéndola remate del nuevo sistema político europeo fundado en el año 1815, pero este es un error; la base del nuevo modo de ser de Europa estaba en los diferentes tratados firmados por los aliados contra Napoleón después de 1813, principalmente la renovación del tratado de Chaumont y el de la segunda paz de París, en cuyo artículo sexto los altos contratantes «para asegurar la realización de esta paz y robustecer para bien del mundo las relaciones íntimas existentes entre ellos, convinieron en celebrar en épocas fijas congresos, ya personalmente, ya haciéndose representar por sus ministros, para discutir los grandes intereses comunes y adoptar las disposiciones que exigiesen la tranquilidad, el bienestar y la paz de Europa.» Estos congresos, pues, fueron los que tuvieron una influencia decisiva en los asuntos políticos de nuestro continente en los ocho años que siguieron á la segunda paz de París, y ninguna influencia del pacto de la Santa Alianza se notó en parte alguna, ni siquiera en la vida privada de sus fundadores y de las personas que los rodeaban. Tampoco existió un solo día entre los tres firmantes la edificante concordia fraternal que tan cristianamente se explicaba en el documento de Alejandro, ni siquiera por parte del mismo emperador, que dijo á su embajador en Viena cuando este se despidió de él: «Tenemos siempre presente el convenio del 3 de enero de 1815.» En cuanto á sus consejeros diplomáticos, especialmente el conde Capodistria y Pozzo de Borgo, miraban con constante desconfianza todo cuanto hacia el gobierno austriaco, mientras este miraba la Santa Alianza á la manera de su representante y secretario en todos los congresos, el consejero de estado Gentz, la mano derecha de Metternich, que escribió en enero de 1816 (1): «Esta llamada alianza santa es una nulidad política que jamás conducirá á ningún resultado formal; es una decoración de teatro engendrada por la vanidad ó por una devoción extemporánea; para Alejandro únicamente un instrumento de influencia que constituye el blanco principal de su ambición y que maneja con mucha destreza, pero que arrojará el día en que crea haber encontrado otro instrumento más eficaz.» La verdad era que las ideas vertidas en el pacto redactado por Alejandro eran ininteligibles para el emperador Francisco y para su consejero y ministro Metternich, y lo único real, palpable y temible para ellos era la preponderancia de la Rusia, que durante la guerra se había impuesto al Austria y determinado todos sus actos y continuó después mucho tiempo siendo el alma de la política austriaca, con anuencia completa y el perfecto acuerdo del gobierno británico. La Rusia se había hecho moralmente dueña de la Alemania, pero lo que le aseguró las simpatías de los hombres de Estado ingleses fué el entusiasmo, aunque vago y morbosos como lo eran todos sus sentimientos elevados, que el emperador siguió mostrando

por los principios liberales, hasta el punto no solo de ostentarlos en el gobierno interior de sus Estados sino de pretender el papel de su protector en toda Europa.

Había regresado Alejandro de París con la cabeza llena de proyectos de reformas vastas y trascendentalísimas, que á haber sido bien madurados y después ejecutados con lealtad y precisión, habrían hecho la felicidad del pueblo ruso, vacilante desde la muerte de Pedro el Grande entre la barbarie y las tentativas de civilización. Para mayor desgracia del país, no tuvo ni siquiera buscó este soberano en su dilatado imperio un auxiliar idóneo y leal para llevar sus planes seriamente á cabo. Lo más incomprensible es que dispensó su confianza exclusivamente á Arakcheyeff, hombre brutal, ignorante, falso, y entre todos el más incapaz para realizar los propósitos de su soberano, que quedaron desgraciada pero perfectamente simbolizados en los abedules que el emperador vió, en su viaje, plantados á lo largo de las calzadas recién construidas, y que en realidad eran solo palos sin raíz. Las diferentes tentativas para realizar proyectos bien intencionados, como la mejora de la instrucción elemental y del comercio, el arreglo de la desorganizada hacienda, la abolición de la servidumbre de la gleba ensayada en las provincias marítimas del Báltico, el establecimiento de colonias militares en los territorios de la corona y muchas otras cosas, salieron fallidas y contribuyeron por lo general á aumentar los males que estaban destinadas á curar. Lo mismo sucedió con la constitución liberal, idea favorita del emperador, que dió al reino de Polonia el 24 (12) de diciembre de 1817, día del cumpleaños de Alejandro. El príncipe Adam Czartorisky, magnate polaco de la confianza del emperador, falseó en la traducción al polaco el documento francés original del estatuto imperial, en el sentido de una mera unión personal del reino polaco con el imperio ruso, sin reflexionar que un monarca de ambos países difícilmente podía ser autócrata en uno y rey constitucional en el otro, y que, al fin, su obra no contaba para nada ni con la clase media ni menos con la población rural, y era ilusoria desde el momento que no reconocía más cámara que la de los nobles (2). El discurso del trono, redactado por el mismo emperador, era un dechado de liberalismo, no obstante los consejos prudentes y contrarios de Capodistria, y anunciaba para la Rusia también el otorgamiento de una constitución; pero el efecto total de toda esta generosidad liberal fué un sentimiento de disgusto entre los rusos y ningún agradecimiento de parte de los polacos, que, muy al contrario, pasada la primera sorpresa y alegría, trabajaron con afán, sirviéndose de las concesiones del emperador, para procurar el recobro de su completa independencia.

Pero como hemos dicho, Alejandro no solamente quería introducir en su país sus reformas sino también hacer adoptar y prevalecer en otros países sus ideas autocrático-liberales. Desde luego admitía que los soberanos de derecho divino, en sus respectivos territorios omnipotentes, pero respetuosamente sumisos al poderoso czar ruso, tenían el deber y el derecho de conceder gradualmente á sus súbditos aquellas dosis de libertad que su alta y soberana sabiduría compren-

(2) Para las reformas del emperador Alejandro véase la obra alemana de Bernhardt: *Historia de Rusia*, tomo 3.º, pág. 4 y siguientes; y para formar por lo pronto una idea de lo que podían ser las reformas imaginadas por aquel soberano basta el caso siguiente referido por Metternich en sus papeles, publicados después de la muerte de este diplomático: «Hallándose el emperador en Inglaterra pidió á lord Grey, por el intermedio de Metternich, que le escribiera un proyecto para crear una oposición parlamentaria en Rusia, á cuya petición singular contestó el diplomático inglés: «Piensa el emperador tener en su país un parlamento? Si así es, es inútil que se cuide de tener también un partido de oposición, porque no le faltará.»

(1) *Dépêches inédites publiées par Prokesch.*—Osten, I, 370.



diera que estaban al alcance intelectual de sus súbditos. Esta doctrina tenía para Alejandro el atractivo especialísimo de disimular perfectamente su proyecto de hegemonía rusa sobre toda la Europa; pero se estrelló como sus demás innovaciones, en Francia, en la península ibérica, en Italia y en Alemania, contra obstáculos insuperables, ya particulares del modo de ser de cada nación, ya personales del respectivo monarca, ya creados por la diplomacia del Austria y de la Inglaterra. Finalmente, Metternich consiguió con su sutileza curar al czar de sus fantásticas veleidades liberales y hacerle paladín decidido y declarado del absolutismo gubernativo.

## CAPITULO II

### FRANCIA (1)

La lucha que desde la creación del nuevo orden de cosas en 1815 se entabló entre las ideas viejas y las nuevas, no tuvo en ningún país incidentes y resultados tan notables como en Francia.

Es un hecho admitido que la inmensa mayoría del pueblo francés sintió á la caída de Napoleón en 1814 un alivio como si se libertara de un peso que le oprimiese, y recibió con franca alegría á los Borbones, restablecidos en el trono de sus mayores no tanto por la voluntad de los vencedores como principalmente por la fuerza de las circunstancias, porque eran realmente, como dijo Benjamin Constant, «la familia indiscutida». Pasada, sin embargo, la primera alegría del restablecimiento de la paz, empezaron los franceses necesariamente á reparar en los sacrificios inmensos que esta paz les había costado, no siendo el menor la altura gloriosa de la cual la Francia había caído, y cuando al mirar á su alrededor no vieron, fuera de la paz material, ninguna otra compensación de la gloria perdida, y en cambio vieron los males antiguos restablecidos, las torpezas de los Borbones y las mucho más insoportables de los emigrados que habían regresado á su patria, no podían menos de manifestar su disgusto cada vez mayor y culpar de todo á la dinastía restablecida, tanto más cuanto que nadie ignoraba que sus individuos y parciales habían saludado con alegría todas las victorias de los enemigos de su patria. Este sentimiento impidió que las libertades políticas concedidas á la nación llegaran á producir en ella satisfacción ninguna, á pesar de ser mayores que todas las que hasta entonces había gozado el pueblo francés. Quizás habríanse amalgamado lentamente, en el transcurso del tiempo, los dos principios, el trono hereditario, producto de otras épocas, y el gobierno constitucional, á no haber vuelto Napoleón súbitamente á Francia, con lo cual añadió á las grandes desgracias que había causado al país, la mayor de todas, no tanto porque costó á la nación francesa la jornada de Waterloo y la consiguiente paz, mas onerosa que la primera, sino porque encontró con su segundo imperio de cien días todas las heridas que los sucesos anteriores habían inferido al cuerpo de la nación. Este episodio creó compromisos que imposibilitaron en adelante toda inteligencia entre los defensores de los dos principios opuestos, porque los liberales, que en los cien días habían prestado su apoyo al partido napoleónico, al hacerse la segunda paz fueron considerados con razón por los realistas como enemigos declarados é incorregibles, y su sistema parlamentario, que á la reaparición de Napoleón no resistió un instante á la férrea mano de aquel hombre atrevido, no pasó de una ilusión.

(1) Las dos obras principales sobre la historia de la restauración son las dos siguientes: Vieil-Castel, *Histoire de la Restauration*, 22 tomos, y Davergier d'Hauranne, *Histoire au gouvernement parlementaire en France*, 10 tomos.

Dueños otra vez los realistas de la situación, no pudieron dominar su odio á los liberales, que tan fácilmente habían abandonado el orden establecido, y en la Provenza y el Languedoc, donde la población continuaba siendo fanática por instinto, llegó el odio á su colmo al saberse la derrota de Waterloo, y pasó á vias de hecho. En Marsella empezaron los voluntarios realistas á caer sobre los bonapartistas, liberales y protestantes, matando, saqueando y cometiendo toda clase de atrocidades análogas á las de los rojos en 1793 y pronto se generalizó la persecución en todo el Mediodía de Francia. En Aviñón, además de las víctimas locales, fué despedazado por el pueblo enfurecido el mariscal Brune, que desgraciadamente pasó entonces por aquella ciudad; igual suerte tuvo en Tolosa el general Ramel, y tampoco pudo contener al pueblo exaltado el duque de Angulema, que á la primera noticia había acudido desde Madrid. En Nîmes y Uzés se cometieron tantas ferocidades que las tropas austriacas, que habían quedado en Francia hasta el completo pago de la indemnización de guerra, tuvieron que ocupar de nuevo aquellas poblaciones. Menos sangrienta, pero general también, fué la anarquía católico-realista en los departamentos del Oeste.

Las explosiones del furor popular son transitorias y la de que se trata fué dominada como todas; pero la que continuó adelante con paso imperturbable fué la reacción realista. El gobierno de los cien días la había exacerbado tanto que los reaccionarios se propusieron seriamente hacer retroceder á Francia al estado en que se hallaba antes de 1789, sin exceptuar la propiedad de los bienes confiscados, aunque ya habían pasado por muchas manos y con arreglo á la ley. Hubo nobles que, atropellando por todo, se apoderaron de las haciendas que ellos ó sus mayores habían poseído antes de la revolución, expulsando á la fuerza á los propietarios que encontraron en ellas, y en virtud de sus antiguos privilegios se negaron á pagar los impuestos y reclamaron de sus súbditos las prestaciones de jornales y otras servidumbres. Bajo el grito de guerra: «Restauración de los derechos del trono y del altar.» entendían los realistas el restablecimiento de los privilegios de la nobleza y del clero, es decir, el restablecimiento de la nobleza y del clero como instituciones independientes, como estados dentro del Estado. La inmensa mayoría del pueblo francés lanzó el grito de resistencia á todo trance al verse despojada súbitamente de la conquista más preciosa de la revolución por una minoría que, después de una larga ausencia, durante la cual nada había aprendido ni olvidado, se había vuelto á introducir en su seno como un elemento extraño é incomprensible por su carácter é ideas para la nueva generación francesa, y que pretendía imponerse á toda la nación con dominio absoluto. Desde entonces se transformó la lucha de partidos en lucha de clases, y en ambos campos se exacerbó tanto que los combatientes echaron mano de todas las armas, sin reparar en su calidad, quedando entre los dos bandos contrarios en lugar de un terreno neutral donde hubiera sido posible entablar una reconciliación, la dinastía borbónica, incapaz de amoldarse á las nuevas circunstancias, mas juguete que freno de los partidos contendientes y dominada por recuerdos siniestros, porque desde su palacio de las Tullerías podía ver el sitio donde había muerto decapitado Luis XVI.

El rey Luis XVIII no participaba del furor realista de sus servidores, porque discípulo de la filosofía del siglo pasado, católico riguroso en apariencia porque así correspondía á su posición, era en el fondo volteriano. Hombre egoísta é incapaz de sentir afecto verdadero á nadie ni á nada, manifestaba opiniones moderadas por cálculo y repugnancia á toda molestia que le privara del goce tranquilo de la vida. Sabía



Luis XVIII, rey de Francia

Copia del grabado hecho en 1818 por P. Audouin en vista del cuadro original pintado en 1815 por A. J. Gros